

Introducción de la editora de la versión inglesa

A los diez años, Lars Muhl ya había vislumbrado retazos de otra realidad. La conmoción producida por la repentina muerte de su hermana menor le causó dolorosas experiencias análogas al síndrome *kundalini*, las cuales le dieron acceso a los mundos etéreos y a una percepción hipersensible del dolor de otras personas. Esto duró tres años.

Cuando Lars cumplió quince años y recibió un libro por correo de forma anónima, hubo un punto de inflexión. La obra *Gayan, Nirtan, Vadan* de Hazrat Inayat Kan marcó el punto de partida de unos estudios esotéricos que se prolongarían toda su vida.

Al igual que Paulo Coelho, durante muchos años Lars fue un cantante y compositor de éxito, quien, a la vez que practicó su profesión de músico, estudió las religiones y los misterios esotéricos del mundo. Posteriormente, en 1996, contrajo una enfermedad inexplicable, que ni los médicos ni los terapeutas alternativos fueron capaces de diagnosticar. Durante tres años permaneció en cama sin poder moverse ni pensar con claridad.

Por mediación de un amigo íntimo, Lars se puso en contacto con un vidente, quien, a través del teléfono, le devolvió la salud. Ése fue el punto de partida de una existencia totalmente nueva y el comienzo de la búsqueda que describe de modo fascinante en *El Manuscrito de O*.

Ésta es la trilogía que tú, querido lector, tienes ahora en las manos. No te dejes engañar por los tres subtítulos. No se trata de otro libro sobre el

Santo Grial, Jesús y María Magdalena basado en las habituales tesis y teorías que, con el paso de los años, se han convertido en triviales. Antes bien, *El Manuscrito de O* es el resultado del emotivo viaje de un hombre a través de «otra realidad», hacia una forma de ser más genuina y auténtica. Un viaje que atrapa desde el primer momento y que, a diferencia de la mayoría de los libros de este género, no nos confunde con enrevesados enigmas más propios de una novela policiaca. *El Manuscrito de O* explora el mismísimo centro del verdadero misterio del hombre. La percepción que obtenemos a través del encuentro del autor con otra realidad se refleja de forma sincrónica en la épica y dramática historia del poder femenino que había caído en el olvido: la unión de Eros y Ágape, narrada de forma paralela a la historia del autor. El Libro 1 refleja el principio masculino, mientras que el Libro 2 describe el femenino. El Libro 3 está dedicado al misterio de la cámara nupcial, donde lo masculino y lo femenino se unen en una entidad isogónica.

Cuando el Libro 1, *El Vidente*, fue publicado en el país natal del autor en 2000, apenas suscitó interés, por más que la trilogía ha alcanzado desde entonces el estatus de obra de culto en Escandinavia y se han vendido un gran número de ejemplares. Asimismo, el libro fue publicado anteriormente en una traducción rusa, y es ahora, con la traducción al inglés (y la presente al castellano), que circulará por buena parte del mundo.

El Libro 1, «El Vidente», toma como punto de partida la enfermedad de Lars, su encuentro con el Vidente y el trabajo que realizaron conjuntamente en la montaña sagrada de Montségur, en el Pirineo meridional francés. El libro no sólo constituye una fascinante introducción a la antigua gnosis de la interrelación de todas las cosas, sino que al mismo tiempo es una valoración crítica de una larga lista de dogmas restrictivos propios de la *New Age*.

Cuando Lars y el Vidente se separan, éste entrega al autor un viejo manuscrito, un manuscrito que, sorprendentemente, resulta ser la puerta

Introducción de la editora de la versión inglesa

de acceso a los acontecimientos que tienen lugar en los dos siguientes libros de la trilogía.

El Libro 2, «La Magdalena», se publicó por las mismas fechas que *El Código Da Vinci*, y en él se desarrollan dos temas: la continuada labor del autor con el Vidente, su separación de él y su percepción del *Akasha* colectivo, donde se encuentra con María Magdalena como el arquetipo más extraordinario del poder femenino y también como personaje histórico. Entre los puntos culminantes del libro cabe destacar la emotiva descripción del tiempo que Jesús y María Magdalena pasaron juntos y su iniciación mutua en la cámara nupcial.

El Libro 3, «El Grial» —que desde que fue publicado, sin publicidad alguna, saltó a las listas de superventas— versa sobre el memorable encuentro del autor con Sylvia, una vieja sacerdotisa en la Orden de la Madre del Mundo. Es la historia de la búsqueda que ella le ordena que emprenda. Seguimos al autor por la doble senda que toma, donde se encuentra con el equivalente femenino de su propia ánima y al mismo tiempo vive unas experiencias que le llevan a comprender el significado del arquetipo femenino de nuestra época.

Entre los numerosos puntos culminantes del libro cabe destacar su encuentro con un ser luminoso sin nombre en una misteriosa cueva en la montaña sagrada de Montségur, y en la cueva secreta de María Magdalena cerca de Périllos, en los Pirineos meridionales franceses.

Durante su primer encuentro con el Ser Luminoso, Lars tiene oportunidad de viajar en el Carro de Fuego (*merkabá*), y durante este y su segundo encuentro, obtiene unas respuestas que ponen en tela de juicio muchos dogmas espirituales de hoy en día.

Estos libros se distinguen por estar escritos de forma que, pese a la profunda complejidad del tema, pueden ser asimilados por un gran número

de lectores. Las múltiples capas que hallamos en los textos hacen que tanto los neófitos como los iniciados en estos temas queden fascinados por la autenticidad de las palabras y la habilidad del autor de «llevar el cielo a la tierra» o «acercar el lector al cielo».

El Manuscrito de ⊙ no es otro edulcorante espiritual sino el inicio del viaje más emocionante para cualquiera que lo lea. Los libros no deben ser leídos simplemente para ser «comprendidos», sino para ser absorbidos en la textura de tu ser consciente y tu Yo superior.

KIRSTEN PUGGAARD
Editora de Lemuel Books ApS

Prólogo



Querido amigo, hermana y hermano desconocidos:

Antiguamente existía una comunidad religiosa semejante a un monasterio. Cada día, cuando los fieles celebraban misa, el gato del monasterio turbaba el ritual sagrado. El abad pidió a uno de los fieles que atara al gato para que la misa pudiera continuar en paz.

Esta situación duró varios años.

Cuando el abad murió siguieron atando al gato cada día poco antes de misa.

Un día el gato murió. El nuevo abad ordenó de inmediato que adquirieran un nuevo gato para atarlo antes de la misa. Todos se alegraron de ello, pues era lo que habían hecho siempre.

Sin embargo, un día un recién llegado preguntó por qué torturaban al pobre animal de ese modo. La pregunta suscitó un gran revuelo y el hombre que había formulado la pregunta fue expulsado en el acto del monasterio. A fin de evitar que volviera a ocurrir algo semejante, algunos de los eruditos entre los fieles se pusieron a escribir unos tratados teológicos sobre la necesidad de atar a un gato antes de cada misa.

Las religiones y la teología, así como las interpretaciones de hechos históricos, con frecuencia han sido motivo de malentendidos decididamente

cómicos. Pero en muchos casos estos malentendidos han tenido consecuencias catastróficas, generalmente, debido a que tanto la religión como la historia son expresiones de la limitación de quienes las escribieron.

A lo largo del tiempo, la historiografía y la religión han sido utilizadas como medio de alcanzar el poder. La verdad sobre muchas de las desgracias acaecidas en el mundo, por ejemplo, el holocausto, y la verdad sobre muchos prodigios del mundo, por ejemplo, Jesucristo, pueden ser vistas y leídas en cualquier momento en la gran memoria cósmica, la esfera akáshica, por quienes sintonicen con ella. La percepción de la corriente que discurre detrás de los supuestos acontecimientos históricos puede obtenerse a través de dos cauces: bien mediante el cauce horizontal, relacionado con el tiempo, bien mediante el vertical, trascendental y visionario, que disuelve el tiempo y el lugar.

Las visiones trascendentales siempre pueden interpretarse de más de una forma. Cuando se escriben no significa necesariamente que deban tomarse en sentido literal, o que constituyan unas expresiones de supuestos datos históricos. Ante todo, son unas alegorías sobre los secretos auténticos de la vida. Representan la sabiduría más profunda del corazón que nos abre a las posibilidades que hacen pedazos cualquier tipo de pensamiento habitual, con todos los datos fríos y las ideas limitadas sobre la realidad y su aplastante tiranía. Las visiones constituyen unos ecos de incalculable valor procedentes de la esfera akáshica.

La visión sobre el Grial es ante todo la historia de todo cuanto al parecer hemos olvidado. El Grial no es un secreto, un tesoro terrenal en forma de cáliz, una mujer mortal específica ni una familia elegida que se oculta en algún lugar del mundo.

¡El Grial es un estado anímico y mental!

Una consciencia multidimensional accesible a todos los que se atrevan a desprenderse de los gratificantes misterios detectivescos del tiempo; a levantarse del mullido sofá del confort; a tener el valor de emprender la

búsqueda del Grial y dar el gigantesco salto que la mayoría de las personas sólo sueña con dar.

Yo mismo no soy sino un simple mensajero itinerante que acaba de despertarse y empieza a comprender el lenguaje de lo trascendente, accesible a todos los que estén dispuestos a hacer el esfuerzo de aprenderlo.

Este libro es un documento personal que intenta describir unas experiencias y unas percepciones personales. Pero el orden cronológico de los hechos ha tenido que ceder paso a la verdad, que sólo puede leerse entre líneas. Es en los espacios en blanco donde las palabras no estorban, donde comienza la auténtica búsqueda del Grial y ☉.

Os deseo un viaje agradable.

LARS MUHL

LIBRO I

El Vidente

A la memoria de
Calle Montségur
(1934-2007)

*Los que bailan son reprobados a menudo
por quienes no pueden oír la música.*

1

Era un gélido día de febrero, la clase de día en que la Estación Central de Copenhague es cualquier cosa menos un lugar apetecible. Arrastré las maletas escaleras arriba para escapar del viento helador del andén, sin querer prestar atención a los indigentes y vagabundos tirados sobre periódicos viejos. Agitaban sus tazones azules a los viajeros, pero me había pasado de presupuesto hacía días, y además estaba mareado. Sentía náuseas. Ya no era el mismo, en absoluto. ¿Qué había entendido mal para acabar perdiendo el equilibrio de un modo tan alarmante? Y justo en aquel momento, cuando estaba a punto de embarcarme en lo que era con toda probabilidad el viaje más importante de mi vida.

Bebí una botella de soda en la cafetería y encontré un rincón lo bastante tranquilo donde sentarme para intentar recuperarme. Faltaban un par de horas para la salida prevista del tren nocturno a Colonia. Ahí sentado, me sentía como un novato abandonado del todo, pese a estar convencido de que había llegado muy lejos en mi camino. Apenas dos días antes había intentado vender a un periódico importante un artículo sobre mi viaje. No lo conseguí, pero ¿cómo iban a imaginar ellos que un viaje en tren al sur de España era en nuestro días más exótico que un trayecto en aeroplano a la Antártida? ¿Sencillamente porque se tarda más? En la agencia de los Ferrocarriles Estatales Daneses sí lo sabían, era el primer viaje de esta clase que vendían en varios años.

—¿Está seguro? —preguntó la mujer, sorprendida y un poco intrigada, mientras yo hacía la reserva.

Decidí no empezar una larga explicación para contarle que había dejado de viajar en avión muchos años atrás, pero no pude evitar sonreír ante la paradoja de estar a punto de iniciar un recorrido de cuarenta y ocho horas en tren hasta el sur de España, en principio con el objetivo de volar. Bien, no en avión, pero de todos modos...

El olor característico, grasiento, del plato del día de la cafetería —carne, col, salsa y patatas—, mezclado con el exceso de humo y nicotina, me revolvió el estómago. Tuve que concentrarme para no vomitar. A pesar del calor y de tener la frente empapada en sudor, sentía frío y tiritaba tanto que tuve que agarrar la botella con ambas manos. Bebí la soda e intenté pensar en otra cosa.

—Pero ¿no es Lars Muhl? —Una voz demasiado optimista atravesó el ruido de los platos y cubiertos. Alcé la vista y asentí de forma automática. Un hombre me tendió una servilleta de papel y un bolígrafo—. ¿Me firmaría un autógrafo, por favor?

Sonrió a la chica situada de pie junto a él, que parecía su hija. Yo estaba a punto de vomitar. Las gotas de sudor corrían por mi rostro cuando agarré el bolígrafo y escribí mi nombre, al tiempo que me levantaba del asiento y salía corriendo lo más rápido posible hacia el servicio de caballeros.

Al volver, el hombre y su hija habían desaparecido. Era el primer autógrafo que escribía en siglos. En la mesa contigua, una mujer de mediana edad, sin soltar su jarra de cerveza fuerte, me miró con ceño de desaprobación y un ojo morado. Casi pude oírle pensar: «¿Quién demonios te crees que eres?» Bien, ya me gustaría a mí saberlo. Cerré los ojos e intenté concentrarme en la situación presente. Pero, por algún motivo, mis pensamientos regresaban una y otra vez, automáticamente, al día en que mi carrera como cantante concluyó de manera definitiva y empezó mi viaje actual. Mis pensamientos regresaban a todo lo sucedido antes de AHORA.

Siempre había sabido que una persona es algo más que su mera personalidad. Siempre he sabido que la persona real se encuentra en algún lugar tras todas las defensas y escudos protectores de títulos, carreras y em-

pleos. Siempre he sido consciente de que, por muy conocido, rico y célebre que seas, no hay admiradores ni dinero ni atención suficientes en el mundo que llenen el vacío y alivien el malestar que todo ese barullo conlleva. Siempre he sabido que, pese a tus condiciones de vida y posición social, todo eso tiene un extraño carácter ilusorio, visto desde la perspectiva de la eternidad.

Desde la infancia he estado familiarizado con otra realidad. Desde los diez a los doce años, cada noche, antes de quedarme dormido, vivía algunas experiencias kundalínicas dolorosas, y como resultado apenas pegué ojo durante este periodo. Al no ser capaz de compartir estas experiencias con nadie me volví más y más introvertido e incapaz de relacionarme. Me desenvolvía con dificultad en situaciones sociales e iba mal en los estudios. Sin embargo, esto no hizo que dejara de leer por mi cuenta. Cuando tenía quince años recibí por correo el libro de mística sufí de Hazrat Inayat Kan, *Gayan, Vadan, Nirtan*. No sé quién lo envió, pero el libro fue una revelación y me sirvió de estímulo para leer otras obras de Kan. El problema era, no obstante, que todo lo que leía y estudiaba conectaba de algún modo con mi conocimiento de la otra realidad y, por consiguiente, difería por completo de lo que aprendía en el colegio. Cuando por fin dejé de ir a clase en 1966 para entregarme de lleno a la intensa vida de músico, tenía la esperanza de cortar de una vez por todas con la realidad que me había convertido en un solitario tan tremebundo, una realidad que a nadie más parecía importarle.

Mi intento parecía estar dando resultados cuando el destino me llevó a mí y a la banda con la que tocaba a Israel en 1969, donde se suponía que íbamos a hacer una gira de un par de meses. Actuamos para los soldados de los campamentos de verano del ejército, para los estudiantes de las universidades y para los jóvenes de los clubes y discotecas. Las drogas eran más o menos obligatorias por entonces, pero por desgracia estaban prohibidas también en Israel en aquella época. Por lo tanto, cuando nos pillaron con cannabis y anfetaminas durante una redada en el hotel, nos vimos obligados a pasar casi una semana en el bien conocido centro de prisión preventiva de Jaffa, justo en las afueras de Tel Aviv. Por lo tanto, no tardé en despertar de aquel sueño mágico mío, sólo hizo falta un banco

de piedra para dormir, un grifo de agua fría para lavarse, un agujero en medio de la celda para las necesidades corporales y una forma muy primitiva de comunicación entre prisioneros y guardias.

Durante una de las tandas de ejercicios, uno de los compañeros de encierro me enseñó los agujeros en el suelo, de dos por dos metros, donde retenían a dementes, asesinos y violadores, cada uno en su agujero con una reja de hierro sobre la cabeza: durante el día un horno en el que asarse; de noche una gélida nevera. Cada vez que un prisionero pasaba y escupía o arrojaba una piedra a alguna de aquellas desdichadas criaturas, ésta reaccionaba con aullidos inarticulados e histéricos y un ruido infernal de grilletes golpeando contra las rejillas de hierro. Costaba asimilar que, casi al mismo tiempo, el astronauta estadounidense Armstrong ponía el pie en la Luna y pronunciaba las palabras: «Un paso pequeño para un hombre, un salto de gigante para la humanidad». Yo sin ir más lejos no lo entendía. ¿Qué significaba? Era un chiste cósmico o una parte del enfoque del hombre civilizado acerca de la dualidad fundamental que divide la vida en blanco y negro, cielo e infierno.

Durante esos tres meses en Israel fue como si todo agudizara mis facultades extrasensoriales, que hasta entonces siempre había intentado ocultar con desesperación. Yo desconocía si aquello tenía que ver con el entorno antiguo e histórico, cargado de tantos mitos y tradiciones religiosas. No obstante, empecé a experimentar visiones esporádicas de épocas antiguas y a oír voces de un mundo extraño y aún así familiar. Es más, por primera vez en la vida conocí a otra persona que vivía las mismas experiencias, Simon, un chico judío de trece años, que también sabía de esta otra realidad.

Un día en que yo estaba sentado en nuestra terraza mirando a la calle, Simon pasó por casualidad por allí. Incluso al verlo acercarse de lejos supe de inmediato quién era. Al llegar a nuestra altura se detuvo. Me reconoció también. Le invité a subir a tomar un té y desde ese día quedábamos casi a diario. Un día me regaló un collar con una joya con filigranas que él mismo había tallado: un globo redondo con un trozo de madera de cedro dentro y un cono en forma de espiral sujeto al extremo. El globo simbolizaba la tierra. El trozo de madera de cedro simbolizaba el árbol del Ginkgo

del Rey Salomón, el Árbol Cósmico, poseedor de poder mágico. La espiral simbolizaba lo eterno, la muerte, el renacer, y la transformación de la materia en espíritu. Cuando me lo puse, un gran Sí afirmativo resonó en todo mi ser, fue como una bendición.

Conocer a Simon, combinado con las experiencias parapsicológicas, me hizo creer que por fin había encontrado mi lugar, y en medio de la euforia me olvidé de las realidades de la vida. Tal vez haya algo de cierto en el refrán que dice que una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil, puesto que un día descubrí que el collar con la joya había desaparecido. Fue como un mal presagio. Y, por otro lado, otro despertar. Esta vez desperté al hecho inevitable de que era hora de volver a casa. Inmediatamente antes de mi marcha tuve mi primera experiencia fuera del cuerpo.

Más de treinta años después, estaba sentado en la Estación Central de Copenhague y sentía un desdoblamiento diferente; más bien me sentía fuera de lugar. ¿Qué me había traído aquí? ¿Acaso el tiempo —mi tiempo— iba a alcanzar por fin su punto de eternidad, donde los extremos se encuentran y dos realidades convergen en una?

Cada vida es un viaje y la mía no era una excepción. Pero ¿había entrado en un callejón sin salida o estaba el viaje a punto de concluir? Considerada desde el punto de vista tradicional de una buena vida, la mía en muchos aspectos parecía un fracaso. Durante más de treinta años había librado una batalla en la que llevaba todas las que perder: mi carrera como músico y luego como cantante. Había conseguido resultados decentes, pero cada vez que empezaba a ir en serio, algo en mí tiraba en sentido contrario, me alejaba de las miradas del público y de la superficie, de la promoción y de las obligaciones profesionales. A medida que pasaba el tiempo, este algo parecía acaparar una parte mayor de mi realidad.

Ahí estaba yo, observándolo todo desde la distancia, observando la mentira con la que me había engañado y que me había mantenido en un estado que había llegado a ser insoportable, porque me enfermaba, así de sencillo. Durante demasiado tiempo creí posible caminar en dos direcciones opuestas, formar parte de la escena musical —con todo lo que conlle-

vaba— y a la vez vivir tranquilamente en un mundo contemplativo, como una especie de místico. Simplemente, no era posible estar relacionado con un mundo estático, unificado, estrictamente intelectual y centrado en lo material, y al mismo tiempo redescubrir y llegar a conocer de verdad la otra realidad oculta, tan diferente. En 1991, mientras me hallaba sobre el escenario de la gran carpa del Festival de Roskilde, la pregunta me dejó paralizado en medio de una canción: «¿Qué estás haciendo aquí?» De pronto podía verme desde fuera de mi cuerpo, podía oírme hablando con el público, intentando recuperar la compostura con un pobre «hey, hey, hey» y retomar el contacto con la realidad del festival, que poco a poco desaparecía en una niebla de cerveza y embriaguez inconsciente. Era del todo surrealista y por supuesto imposible, pues no puedes abandonar la embarcación una vez la han botado. Esa misma noche decidí poner fin a la gira, y ese mismo año me fui de mi ciudad natal para instalarme en una isla pequeña.

«El tren a Colonia con hora de salida prevista a las dieciocho cuarenta y cinco hará entrada en el andén tres dentro de treinta minutos», proclamó una voz metálica por los altavoces.

Comprobé la hora en mi reloj de pulsera. Me sentía una isla en medio del trajín de gente que cenaba en la cafetería. El lugar estaba cada vez más lleno. Pedí una soda más. La náusea y el mareo estaban desapareciendo. En el vestíbulo de llegada los indigentes sentados en los bancos se helaban de frío e intentaban darse calor. La gente que pasaba no se fijaba en ellos. En general parecía que nadie se fijaba en nada, abrochados hasta el cuello y con la mirada al frente. Por lo visto no necesitaban la ayuda de nadie. ¿Qué pensaban? ¿Adónde iban? ¿Y qué pasaba conmigo? ¿No me bastaba yo solo? Desde mi retiro en la isla, ¿había mejorado mi capacidad para participar en actividades sociales? ¡Más bien no! Pero era algo que tenía que hacer.

¿No había oído acaso a la gente expresar sus deseos de ser lo bastante ricos como para retirarse a un idilio rural y concentrarse en sí mismos? Pero no era el caso, en absoluto. Yo no era rico, todo lo contrario. Mi as-

cetismo material, provocado por el desmoronamiento de mi carrera, habría provocado en la mayoría de ciudadanos pesadillas de asistencia social. El proceso por el que yo había pasado era una mezcla paradójica de disgregación existencial y crisis nerviosa.

Tras instalarme en la isla empecé a escribir a diario como parte natural de las tareas cotidianas. Poco a poco comencé a percatarme de que el lenguaje constituía una parte importante de mi cambio, y tras la publicación de mi primer libro vinieron otros. Mi fascinación por los primeros escritos taoístas y budistas dio paso a estudios comparativos más amplios de religión: los místicos cristianos, la tradición sufí y varias escuelas ocultistas y heréticas cristianas. En los últimos tiempos había empezado a estudiar arameo por mi cuenta, la lengua que supuestamente hablaba Yeshúa (Jesús). La práctica diaria de varias formas de relajación y meditación me distanciaron todavía más de mi vida anterior. Pero siempre había algo en mí que me mantenía aferrado en vano a una parte pequeña, final y obstinada, que aún perduraba de mi diversificada carrera en el mundo del espectáculo.

Hasta el día en que las circunstancias me ayudaron a tomar la decisión que tanto vacilaba en adoptar. Durante la grabación de *Mandolina*, que resultaría ser mi último álbum, la discográfica me informó de repente de que, tras su fusión con una multinacional, habían decidido poner fin a nuestra relación comercial (antes de que empezara en realidad), por razones desconocidas para mí. Esto significaba que el contrato que acabábamos de firmar y que incluía aún otro álbum quedaba cancelado. Finalmente, la compañía accedió a regañadientes a permitirme al menos concluir la grabación en medio de la que me encontraba. Buena parte del trabajo se publicó en un estado inacabado, por no decir directamente desperdiciado. Fue muy frustrante en todos los sentidos.

Las compañías discográficas habían dejado de tratarme con deferencia. Las expectativas comerciales sobre mis canciones no se habían visto compensadas y de la noche a la mañana me quedé sin acceso a mis ingresos.

¿Había algo de ironía del destino o eran los esfuerzos de comercialización creciente de la industria discográfica en un intento de hacer limpieza

de los últimos elementos extraños? No pude evitar pensar en una conversación que en una ocasión alcancé a oír entre dos ejecutivos de compañía de discos, uno de los cuales comentó con sequedad que, aparte de tener que tratar con los artistas, el negocio musical no era malo en absoluto.

Al parecer, una extensa parte de mi vida había llegado a su fin. Sucedió, sin más. Como chasquear los dedos. Hasta más tarde no comprendí que no se perdona con facilidad que te alejes del centro de atención, ya que la mayoría de artistas cree que, más o menos, es gracias a estar bajo los focos que pueden ganarse la vida. De cualquier modo, mi problema era que no pertenecía a todo eso. A partir de ese momento, mi descenso colina abajo fue cada vez más rápido. Los intervalos entre llamadas de teléfono se ampliaron hasta que al final el teléfono dejó de sonar del todo. Cuando me percaté de que además yo no tenía a nadie a quien llamar, desenchufé la clavija y cancelé el contrato con la compañía. Estaba donde quería estar. ¿No era esto lo que yo quería, sobre todo cuando mi situación económica pasaba de ser aceptable a más que apurada? Tal vez, por fin, había llegado al punto donde no es posible dar media vuelta. Tal vez había empezado a comprender que era hora de ocuparme de mi verdadero yo. ¿Empezaba a entender por fin que la vida es demasiado corta para meras trivialidades?

«El tren a Colonia hará su entrada en el andén número tres en pocos minutos.»

Al inclinarme para levantar las maletas en la cafetería noté un mareo. Pero mientras cruzaba el vestíbulo percibí una leve corriente eléctrica recorriendo mi columna. Parecía una corriente muy frágil, pero tuve la impresión de que propagaba poco a poco su energía a través de todo mi cuerpo y eliminaba cualquier resto de mareo. Lancé una moneda de veinte coronas a la taza de un indigente y bajé al andén donde me esperaba el tren.

2

Coloqué la maleta en la litera superior. Estaba cubierta por una manta de lana gastada y una sábana con un fuerte olor a desinfectante, indefinible, pero muy fuerte.

Viajar en un coche cama en clase turista es apto sólo para quienes lo hacen ligeros de equipaje. Todas las dimensiones están creadas a partir de una imagen diminuta y ascética del mundo. El tamaño de la litera, el espacio del lavabo y el urinario indican que el viaje supone sólo una fase breve, un intermedio discreto, recalcado una y otra vez por las largas series de llegadas y partidas, holas y adioses, ausencias y expectativas, besos y abrazos, lágrimas y tristeza que presencias durante el trayecto y que señalan la efímera condición de cualquier viaje en tren y cualquier vida. Aunque resulte paradójico, también demuestra que el ser humano y su vida son algo más que una serie caprichosa de cualidades inestables e influencias impredecibles.

La vida es una expresión de unidad, por muy fragmentada que pueda parecer. Me había llevado muchos años percatarme de eso. Hasta que no encontré mi vida restringida y limitada no necesité más espacio. Hasta que no perdí todo lo que consideraba importante e imprescindible — todo lo que de hecho hace la vida complicada e imposible— no empecé a figurarme lo magnífica e ilimitada que puede ser la vida en toda su simplicidad. Pero ese reconocimiento no era un proceso sencillo e indoloro.

Vislumbrar vagamente la posibilidad de otra realidad más abierta y más libre —por ejemplo, que una nota musical adoptara forma de pirámi-

de, o que el perdón superara la velocidad de la luz— era pedir que te quemaran en la hoguera de esta época anestesiada de silencio estruendoso y sarcasmo condescendiente. ¡Estáis avisados!

El coche cama estaba lleno cuando el tren empezó a moverse entre chirridos. En la litera de enfrente, un hombre de negocios que llevaba un pijama a rayas azules y blancas terminaba su aseo nocturno con gran dificultad y según un ritual planeado con meticulosidad. Debajo de él, un robusto alemán forcejeaba con su igualmente sólida maleta, y en la litera de abajo dos jóvenes de Copenhague intercambiaban latas de cerveza y chistes malos. Un caballero de avanzada edad en la litera inferior a la mía roncaba con fuerza. Poco a poco desconecté y me permití flotar en la noche clara, helada y estrellada, por encima de los durmientes y a través de túneles desconocidos y agujeros negros de universos extraños, de regreso al año en que me encontré atrapado en el rincón más alejado del laberinto, el penoso callejón sin salida de mi propia vida.

Fue el año en que caí en la noche oscura del alma. Sucedió mediante una serie de ataques que físicamente se traducían en un atroz dolor en la nuca, náuseas y una pérdida total de energía, que me obligaban a permanecer en cama durante días enteros. Era como quedarse atrapado en una tierra de nadie entre lo consciente y lo inconsciente, entre el sueño y la vigilia, con una sensación de rigidez insoportable; como encontrarse en una celda de tortura cerrada casi herméticamente, donde todo era pesado, lento y disgregado. Todo pensamiento se disolvía en un estupor letárgico casi antes de iniciarse. La idea de alcanzar un vaso de agua parecía un obstáculo insuperable al que renunciaba por regla general. De vez en cuando, con gran esfuerzo, en algún momento lograba pensar que el infierno debía ser así, antes de volver a hundirme en la oscuridad sin fondo. Sólo había experimentado algo similar en 1962, cuando empecé mi primer libro, que fue escrito en un estado de trance similar a éste.

Durante dos meses permanecí en la misma habitación, viviendo a base

de café y aspirinas, tecleando en mi vieja máquina de escribir o tirado inconsciente sobre mi sofá igual de viejo. La noche y el día desaparecían en una neblina monótona y tan sólo el escribir la transformaba en algo parecido a la euforia: un estado irreal, psicossomático, que no cesó hasta que puse el punto final al libro.

Luego la enfermedad regresaba y me dejaba imposibilitado para el trabajo durante periodos de tiempo cada vez más largos. Las visitas al médico, las pruebas en el hospital, las consultas a especialistas varios y terapias alternativas no surtieron efecto alguno. En un momento me encontré casi inconsciente en la cama durante dos semanas, sin comer ni beber otra cosa que galletas y agua. Ni siquiera consiguieron dar con el motivo de aquel estado cuando un día me desmayé en casa de mi vecino y tuve que pasar el resto del día en el hospital con asistencia de oxígeno y goteo. A medida que pasaba el tiempo, aumentaba la sensación de que tenía que dejar la música, ya que había dado paso a esta otra cosa. La crisis fue total. Tras más de dos años así ya no sentía deseos de vivir.

Y entonces sucedió lo inevitable. Pasa al menos una vez en la vida de todo ser humano, aunque es posible no darse cuenta. Te encuentras en tal estado que con suma facilidad desapareces en ese terreno indefinible entre el dolor y el egocentrismo donde todo está perdido y es inamovible. Pero era el momento propicio, porque yo estaba preparado, dado que no tenía otra salida ni otro lugar adonde ir. ¿Fue una señal o fue un ángel? En mi caso fue lo último. El ángel llegó en la figura de una colega de aquella familia pequeña e invisible que crecía poco a poco. Me dio un número de teléfono que iba a ponerlo todo patas arriba.

—Llama al Vidente y deja que te ayude —dijo antes de que se la tragara la tierra.

Yo me quedé allí parado, mirando primero el vacío en el aire que había dejado el ángel y luego la nota que me había puesto en la mano. «Sólo de 8 a 9 de la mañana», decía en el paréntesis que seguía al número de teléfono.

¿El Vidente?

Aquella tarde di un largo paseo por Frederiksberg Allé antes de irme a la cama en mi habitación del Weber's Hotel, totalmente agotado.

Durante la noche tuve un sueño. Estoy caminando por un carretera larga y abandonada que finaliza de forma abrupta, y me encuentro de pie al borde de un precipicio mirando el universo. La tranquilidad queda subrayada por un nota profunda y continua, casi inaudible, pero muy hermosa. El sonido de la materia. El sonido que lo mantiene todo unido. Conmovero e indescriptible. Me oigo hablar en arameo: «*Nehwey sibyanak aykana d'shmaya aph b'arab*». Lo recuerdo. «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Ahora entiendo lo que significaban esas palabras. «Que suceda en la tierra lo que está escrito en las estrellas. Despliega la luz del universo a través de cada uno de nosotros en armonía con las leyes del universo.»

Eran las ocho y media cuando me desperté. Otra vez aquella sensación férrea en los extremos de mi conciencia. Precisé cierto tiempo para recordar qué había sucedido el día anterior, pero luego me acordé del sueño, del ángel y de la llamada de teléfono. Me levanté bastante mareado y me puse a rebuscar en los bolsillos de la chaqueta y los pantalones. No hubo suerte. Pánico. Era como si me percatara entonces de lo que estaba a punto de perder si dejaba que esto se me escurriera por entre los dedos. Por fin. El pedazo de papel estaba en el bolsillo de la camisa. Marqué el número y contuve la respiración. Esperé y esperé. Seguí el lento cambio del sistema telefónico, del hotel a la compañía, por el sonido de la serie de notas cambiantes. Estaba a punto de colgar cuando finalmente logré la conexión, pero sólo oí el número comunicando. El nerviosismo en mi estómago se hizo eterno. Miré el reloj. Casi las nueve, esperé y lo intenté otra vez.

Seguía comunicando. Las nueve y diez, línea. Me senté pensando que mi llamada telefónica produciría un sonido en la casa de una persona desconocida, y que en el otro extremo de este tono esa persona había decidido no coger mi llamada. La dejé sonar un poco más y colgué.

Cuando regresé a la isla, mi estado mejoró. Encontré mi ritmo habitual de alternancia entre el estudio del arameo —que para entonces había acaparado toda mi atención— y periodos de desvanecimientos. En varias

ocasiones tuve la tentación de llamar de nuevo a aquel número, pero por algún motivo u otro posponía hacerlo.

El estudio cada vez más profundo de la lengua aramea abrió un mundo totalmente nuevo ante mí. Ya en 1989 la doctora Edith R. Stauffer, de Psycho Synthesis International, me había enviado una copia de un pasaje en arameo del Nuevo Testamento, el *Códice Khaboris*. Este texto dejaba claro que el arameo expresa la psicología transpersonal de tal manera que su sintaxis consigue describir al mismo tiempo la correlación entre pensamiento, conocimiento, percepción, razón, capacidad de soñar, estructura mental, entendimiento, actitudes humanas y conducta. No hace distinción alguna entre lo mental, lo físico, lo emotivo y lo espiritual. Tampoco la hace entre causa y efecto. Esto significa que cada palabra y cada idea es totalmente neutral en su raíz, pero que se activa mediante los sufijos «-ta» u «-oota». Para mí esto fue un descubrimiento revolucionario, que de pronto dotó a las palabras de Yeshúa de un poder y significado nuevos y más profundos que los obtenidos de la traducción griega del Nuevo Testamento. Poco a poco caí en la cuenta de que no sólo el significado de las palabras, sino también el sonido de las mismas, producen un efecto tanto en el plano físico como en el espiritual

En aquellos días no tenía ni idea de cuánto iban a significar para mí estos estudios más adelante.

Durante este periodo, una mañana, mientras estudiaba el manual *Les-hana Aramaya*, tuve un ataque tan grave que apenas me permitió levantarme de la cama. Pero supe que, o lo hacía entonces, o nunca. El pequeño pedazo de papel con el número de teléfono estaba clavado con un alfiler en la pared de mi estudio. Todas mis reticencias y todo mi nerviosismo desaparecieron nada más coger el teléfono y marcar el número.

—Sí —contestó una voz articulada y neutra.

Me presenté.

—¿Cómo puedo ayudarlo? —continuó la voz.

—Me gustaría concertar una cita —contesté.

—A ver, hasta dentro de seis meses no podré hacer un hueco. ¿Cuál es su problema?

Explicué mi estado tan bien como pude.



La noche (Máscara realizada por Anne Maria Galmez, 1989 –
Fotografía: Jan Jul)

—Espere un momento, veré qué puedo hacer.
Sonaba como si hubiera bajado el teléfono. Escuché el sonido del silencio en aquella habitación al otro extremo de la línea, una especie de

ruido blanco suave que parecía continuar indefinidamente. No sé cuánto tiempo permanecí así sentado, pero de repente la voz regresó:

—Se encontrará bien hasta el momento de nuestra cita.

Me dio la dirección y colgó.

Me quedé sentado durante un largo rato con el auricular en la mano, del todo abrumado, antes de poder colgarlo. Mis pensamientos vagaban por los campos que veía desde la ventana. De repente me sentí como si me hubieran golpeado con un martillo, supe que tenía que volver a meterme en la cama antes de caer desmayado. Logré pensar que el Vidente no era más que otro charlatán antes de quedarme profundamente dormido, sin sueños esta vez.

«Colonia dentro de media hora», resonó una voz en el pasillo.

Abrí los ojos. En la litera de enfrente alcancé a ver tan sólo el equipaje bien organizado del ejecutivo. Una densa nube de loción de afeitado y pasta de dientes me dijo que llevaba ya un rato levantado. Miré el reloj. Eran las seis y media. El caballero de más edad, que no había parado de roncar en toda la noche, también se había levantado. El alemán debía de haberse bajado en Hamburgo, ya que no estaba ni él ni su equipaje. Los dos jóvenes de Copenhague aún dormían profundamente. Me vestí echado en la cama y me calcé. El ejecutivo estaba en el pasillo, bien acicalado y fumando un puro. Había cola para el baño. Cuando me tocó finalmente decidí no usarlo al ver el estado en que se encontraba. Alguien había taponado la taza con papel higiénico y luego por lo visto se había cagado en el lavabo. El suelo era un lago de orines y la peste era increíble. La ducha no estaba mucho mejor. Recogí mis bultos y me quedé observando la animada actividad sin poder evitar pensar cuál de esas agradables personas era tan egocéntrica como para que, literalmente, le importara una mierda el resto de la gente.

La Estación Central de Colonia parecía más fría e inhóspita si cabe que la de Copenhague. El tránsito era denso en todas partes, gente en todos los grados de somnolencia iba de camino al trabajo. Sólo tuve tiempo para

una visita rápida al baño y un café expreso antes de subir al tren de París. Sentado en una mesa de la cafetería, me pregunté por qué vamos tan atareados que ni advertimos lo que sucede a nuestro alrededor. Dentro de cincuenta años toda esa gente habría fallecido o se encontraría en residencias para ancianos repasando sus agitadas vidas, mientras la estación de tren seguiría igual de llena de gente, sólo que se trataría de otra gente acelerada. Y cuando ellos murieran, otros los seguirían. El escenario sobreviviría a los actores; extras y estrellas en una eterna renovación de plantilla, un equipo tras otro. Adelante, adelante, no miréis atrás, nunca miréis atrás. Como si nadie se atreviera a detenerse, por temor a quedar mal y acabar tal vez como el sin techo del rincón o el indigente del banco. Quizá fuera mejor aferrarse a la ilusión de bienestar material eterno y olvidarlo todo hasta ese día en el que todos tenemos que marcharnos. Una evasión eterna de la hora de la verdad.

¿Me había llegado por fin esa hora? ¿Justo el día en que había llamado a quien me parecía otro charlatán más? Si alguien me hubiera dicho que iba a morirme mientras dormía, con toda certeza lo habría aceptado como una solución sensata. Pero no fue así. Tras media hora dormido me desperté como nuevo. De inmediato sentí que todo había cambiado, aunque casi no podía creerlo. ¿De verdad me había despertado en una nueva vida? ¿De verdad habían acabado los dos años de pesadilla?

Por primera vez en aquella época notaba algo parecido a una sensación de tranquilidad. Pero aunque el dolor había desaparecido, no lo había olvidado. Por otro lado, mi sensación de gratitud ahora era probablemente más profunda. Mis pensamientos no cesaban de regresar a la voz del teléfono. Había perforado mi caparazón con toda facilidad, dejando accesible un punto doloroso en mí que se había cerrado hacía demasiado tiempo. Tras esta mejora milagrosa de mi estado, ese punto quedaba ahora abierto y vulnerable, a la espera de mi propio despertar y de si yo podía curar la herida. Vi la belleza y la fealdad del dolor. Vi que tenía tanto de animal como de humano. Vi que podía acariciarlo igual que acariciaba un gato. La naturaleza del dolor es tan implacable como por lo visto es un

gato cuando juega con un ratón antes de matarlo. Pero igual que es imposible que un animal sea malo, puesto que sólo se guía por su instinto natural, el dolor seguirá sus leyes hasta que la gente entienda que estas leyes no son estacionarias, sino flexibles, y que quien lo padece puede sanar y transformarse. Ya en el año 630, san Juan Clímaco escribió: «A un hombre que ha recibido una sentencia de muerte no le preocupa el programa del teatro».

Comencé a entender el papel que el dolor había desempeñado en mi vida y a ver cómo, a otro nivel que no era estrictamente el de la razón, ese dolor me había abierto los ojos al sufrimiento de los demás. Empecé a comprender que cualquier tipo de dolor es un instrumento en manos de una causa más elevada, ya que, a largo plazo, debilita cualquier tipo de prejuicio o cualquier tipo de apatía y, de hecho, las reduce al mínimo. En su faceta más eficaz transforma la autocompasión y el egoísmo en conmiseración y atención. Pero ver y entender esto con el cuerpo y con el alma no había sido posible hasta que el dolor desapareció, y todo se debía a una persona a la que no conocía y a la que nunca había visto.

Había unos esquemas característicos en mí que empezaron a disolverse. Durante el tiempo transcurrido en la isla, había empezado a experimentar con más intensidad los factores externos como la naturaleza, el bosque, el mar y los elementos, lo cual sirvió para abrirme los ojos a la misma naturaleza —los elementos— en mi interior. No veía a nadie durante largos periodos de tiempo. No es que quisiera aislarme o no tener compañía, sino que era necesario encontrar mi camino, oculto durante demasiado tiempo detrás de una carrera bajo los focos. Llegué a experimentar una nueva clase de simplicidad que en ocasiones podía ser tan intensa que me sentía desaparecer. Empecé a practicar ejercicios para dirigir mis pensamientos. Practiqué el control de los mismos, la manera de ignorarlos o permitir que siguieran su camino. Casi asustaba lo fácil que era ceder a la tentación de dejarse ir, soltarlo todo y desaparecer en el silencio. Era un estado que no me ayudaba en absoluto a funcionar. Por otro lado, también sabía que no había marcha atrás. Aunque resultara alarmante en cierto sentido, la gratitud subyacente se transformaba en una realidad tan profunda como siempre había sabido que era posible,

pero que ahora me volvía mucho más receptivo. No era una experiencia especialmente melancólica ni melodramática. Sucedió. Tal cual. Igual que la abeja que en verano da vueltas muy despacio en la ventana, a sabiendas de que no tardará en morir. Bien podría salir por la ventana, pero ¿por qué iba a hacerlo? Lo ve todo a través del cristal. Yo no era una abeja, pero una parte de mí conocía el ciclo de las abejas. Sucedió un día mientras me adentraba a pie en el bosque. De pronto me elevé sobre un claro y encontré la copa de un árbol. Me senté allí y perdí la noción del tiempo. Me perdí en el universo; en el mismo centro. Vi lo preciosa que podía ser la vida, sin alboroto alguno, sin ningún filtro. Pero enseguida percibí que no debía permanecer en esa eclosión demasiado tiempo, no como ser humano, por riesgo a olvidar tu objetivo y perderte, incapaz por lo tanto de encontrar el camino de vuelta a casa.

Permanecer sentado en la copa del árbol, sin pensar en absoluto, era como estar en una habitación interior. Debía de haber una abertura en ella, ya que una luz cálida y suave la iluminaba. Las sombras que se formaban lograban armonizarse y no eran ningún obstáculo. Permanecí sentado, quieto por completo, sin esfuerzo, sin deseos. Noté que los muros se disolvían y desaparecían, como si un velo se descorriera. Todo sucedía en un solo movimiento, no existía nada más. Yo me encontraba en medio y formaba parte como una mera palpitación. Abrí mis brazos poco a poco. Desde arriba, la luz cayó sobre mí como una lluvia reluciente que me llenó de algo. Más allá de las palabras. El silencio forma parte de la verdad. La única palabra que podía aplicarse era: certeza. Me hundí en la certeza, donde todo está unido, el lugar de donde procedemos y donde nos encontramos como en casa. No había «dentro» y no había «fuera», no había «yo quiero» o «yo he», sólo esta tranquila certeza. A cierta distancia vi a mi antiguo ser gastado, colgado de un árbol que parecía una cruz. Sin dolor. Sin lástima. Sin culpabilidad. Sin pecado. Sin vergüenza. Todo formaba una unidad, iluminada por la luz. ¡Aquí! En ese mismo instante fui consciente de que una abeja veraniega se moría sobre el alféizar de mi ventana. Descendí del árbol. Podía verlo todo. La vida fluía sin impedimentos a través de mí. Recuperé el conocimiento en el bosque, sin parar de llorar.

O sea que esto era la libertad. Ahora la había visto, había estado en ella, aunque sólo fuera una visión fugaz. Estaba eufórico pero de un modo extraño, tranquilo, pese al corazón acelerado. En ningún momento dudé de haber estado en el centro de mi ser, por completo despojado de la serie interminable de necesidades grandes y pequeñas que normalmente nos ciegan.

Tras unos días de paz, de pronto sentí una desorientación que no tardó en transformarse en tristeza. Juntamente con la realidad tangible y más próxima, el abismo profundo entre los dos estados se hizo dolorosamente evidente, y era difícil ver la manera de conseguir unirlos alguna vez.

Fue durante este periodo cuando desapareció la última esquirla de mi interés por el circo superficial del negocio del espectáculo. Sencillamente ya no tenía fuerzas para relacionarme con él. Había sido así durante mucho tiempo, pero hasta entonces no lo entendí en un sentido físico. Los muchos años de soledad en la isla, sin periódicos, radio, ni televisión, habían facilitado mi afinidad con las cosas básicas de la vida. Por consiguiente, fue mucho más sencillo deshacerme de todas las máscaras. No me costó comprender que lo puro y vulnerable en mí, que había tomado equivocadamente por defectos o puntos flacos que nadie debía ver, eran en realidad el único requisito esencial y verdadero para mi existencia. Vivir durante mucho tiempo al aire libre me había privado de todas las rutas de evasión que normalmente mantienen ocupado al hombre. Lo sabía por propia experiencia, tras haber participado demasiado a menudo en la interminable y nerviosa búsqueda de sustitutos que endulzasen mi vida, impidiéndome analizarla. Siempre nos han contado que el dolor cesará, en sentido bastante literal, si nos apartarnos del punto donde nos hallamos en un momento específico. Nos han contado que la fiesta se está celebrando en otro sitio. En esta actitud, más o menos, se hallaba la raíz de toda la estructura social del Mundo Occidental. Sobre esa base había sido posible mantener la ilusión de que era moralmente aceptable continuar con un crecimiento ilimitado, una sobreproducción de bienes innecesarios y un entretenimiento ensordecedor. Entendí además que incluso las ilusiones aparentemente significativas se consideraban también un entretenimiento, tal vez por encima de todas. Aunque esto podría volver la ilusión más aceptable, era precisamente otra excusa para no parar.

Por supuesto, era muy consciente de no ser la primera persona que llegaba a esta conclusión. Sabía que tenía que superar la crisis que surge al retirar la alfombra de debajo de nuestro viejos esquemas vitales. Si se suponía que no iba a vivir de la música, ¿entonces de qué? Si ya no era cantante, ¿qué era entonces? Daba miedo no disponer de repente de ingresos. Asustaba no saber dónde conseguir dinero para pagar el próximo recibo del alquiler. Asustaba más aún ver con total claridad lo importante que esta clase de seguridad había sido en mi vida, que el miedo a perder lo poco que tenía había estado acechando todo el tiempo en una esquina como una fuerza invisible que había impulsado mi vida. Fue el año en que tomé la decisión de dejarlo todo. Fue el año en que apareció el álbum que marcaría el final de mi carrera. La sensación de hundimiento en el estómago... el gran agujero en mi corazón.

El día en que salió el álbum, me fui a la playa a contemplar el anunciado eclipse de sol y tuve la experiencia extraordinaria de ver todas las rocas, hasta donde llegaba mi vista, las grandes y las pequeñas, erectas como si estuvieran señalando el sol. ¿Una señal? Tal vez una señal de que la noche estaba a punto de concluir. Corrí lo más rápido que pude. La voz del altavoz acababa de anunciar que el tren de París partiría en pocos minutos. Metí la maleta por la portezuela y conseguí subir de un salto al vagón en el momento en que las ruedas empezaban a girar.